



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007; ESCRITOS ACADÉMICOS
CAJA	023
EXP.	132
DOC.	003
FOJAS	6-14
FECHA (S)	2003

La vejez en el arte de Mesoamérica

Autora: Beatriz de la Fuente

Datos curriculares: Doctora en Historia, Investigadora Emérita del Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM; Investigadora Emérita del Sistema Nacional de Investigadores, Miembro de Número de El Colegio Nacional

SUMARIO:

Se trata de la presencia de los abuelos y antepasados –de los viejos- que por su sabiduría permean el modo de vida de los descendientes en Mesoamérica. Aquí me ocupo de algunas de las más expresivas representaciones plásticas de los ancianos y ancestros en diferentes ubicaciones de la cultura antigua.

Para publicarse en *Arqueología mexicana*, no. 60. El ciclo de la vida. Las edades del hombre en Mesoamérica, (2003).

La vejez en el arte de Mesoamérica

BF7C23E132D3 F7

Beatriz de la Fuente

La muerte define al antepasado, antaño, ayer y ahora...la muerte nutre en permanencia el cortejo de las almas, fuente inagotable del río de lo ancestral.¹

Escucha...esto es lo que me han contado mis abuelos, los sabios, los ancianos. Oye... estas son las palabras de aquellos que habitan más allá del tiempo. Su voz acompaña el principio y el fin. Sus actos trascienden el acontecer cotidiano para confundirse con el mito. Sus pasos definen nuestra estancia y ser en el mundo.

¿Cuántas veces no hemos pronunciado frases similares? ¿Cuántos son los relatos y representaciones que evocan la presencia de los viejos?. Vastos acontecimientos protagonizan los abuelos. En infinidad de historias son ellos quienes dan a conocer los hechos o bien son quienes los llevan a cabo.

Sin duda, ya sea en la historia, en la plástica o en los relatos míticos, estos sabios también ocuparon un lugar preponderante en el pensamiento de los pueblos mesoamericanos.

Su imagen al paso de los años se conserva y permanece en representaciones y relatos que se recrean en nuestros días, a través de diversas obras artísticas o de la tradición oral de los pueblos indígenas antiguos y contemporáneos.

¹Breton, Alain, "Una infinita necesidad de antepasados" en: Breton Alain y Jaques Arnauld, coords. *Los mayas. La pasión por los antepasados y el deseo de perdurar*, México, Grijalbo, 1995: 153

Según podemos advertir, los viejos conocen la verdad y la transmiten. En ellos está el recuerdo, el acto y la posibilidad del futuro. Su decir es el hilo conductor de las tramas, sus palabras colorean, aconsejan y encauzan el devenir de los mitos y de la historia.

En sus arrugas se pueden leer los pliegues de acontecimientos dinámicos que devienen en gestos pausados y serenos. Las arrugas reúnen la experiencia de lo hecho, con el espejo del futuro.

Son los rasgos que evocan y proyectan.

En ellos, los viejos, inicia y termina la historia para legitimarse y permanecer. En ellos fluye el tránsito de los antiguos a los nuevos abuelos. Su imagen se inserta dentro del pensamiento mítico para dar cabida al principio y al fin de las generaciones.

Suelen ser los padres de todos los dioses o bien quienes conocen los ingredientes que han de dar paso a la creación de los hombres. Tal es el caso de *Ixmucane*, la abuela, quien muele las mazorcas amarillas y las blancas para preparar las bebidas de donde provienen los músculos y el vigor del hombre, como se lee en el *Popol Vuh*.²

También los viejos son fundadores y poseen la cualidad de otorgar el poder. Antecedentes suceden en el tiempo que se repite, se recuerda y se recrea a través de sus actos y narraciones. Guían ceremonias y rituales. Encabezan en ocasiones la siembra de las cosechas, conciliando las fuerzas del universo. Escuchan, esperan y encauzan. Conocen el momento preciso en que se debe actuar y aquel en que es mejor dar paso a la quietud.

Los viejos son los preservadores de las historias, ellos las protagonizan, las narran y las recrean. Su generación adquiere la responsabilidad de legitimar las dinastías y vincularlas con el origen de las cosas y del mundo. Su imagen y sus palabras encierran los recuerdos que nunca se olvidan. En ellos reposa el paso del tiempo a veces atropellado y otras sereno. En

² *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, traducción, introducción y notas de Adrián Recinos, México, Fondo de Cultura Económica, 1990: 104.

ellos se advierte el futuro pues nunca dejan de estar. Se oyen en su propio eco, se reconocen en sus cuerpos encorvados, se vislumbran en rostros serenos, surcados por el acto y la espera...

Figuraciones de viejos

Las más tempranas formas de ancianos corresponden a Cuicuilco y al Preclásico (s. IX a.C.).

Es ejemplar la conocida imagen de *Huehuetéotl* -el Dios Viejo-, efigie de una de las divinidades más antiguas de Mesoamérica (**fig. 1**). El rostro ofrece inconfundibles señales de vejez: lo surcan arrugas y carece de dientes. De espalda encorvada, se sienta con las piernas cruzadas; en ocasiones se le ven las carnes enjutas. Por lo común carga un bracero, cuyos diseños se relacionan con el fuego y los cuatro rumbos del universo, e identifican a la deidad. En esas obras antiguas existe una sutil armonía entre el cuerpo humano y el bracero, aunque el foco de atención visual y significativa recaiga en éste último.

El espacio penetra las esculturas pero el dios no se abre al mismo, sino que se cierra sobre sí, de manera tal que su fuerza queda contenida, concentrada y latente. La imagen esboza la fragilidad de *Huehuetéotl*, en parte debida al peso de los años, en parte al peso del gran bracero que soporta; y a la vez habla de sabiduría y experiencia acumuladas y prestas para ayudar a los vivos.

La representación se mantuvo con escasos cambios de acuerdo a las épocas y a los estilos artísticos en ciertas partes de Mesoamérica –sobre todo el Altiplano central- desde el Preclásico hasta el siglo XVI d.C. Así se le encuentra en Teotihuacán (**fig. 2**), el centro de Veracruz y entre los nahuas.

Quiero destacar la extraordinaria escultura en barro de *Huehuetéotl* procedente de Cerro de las Mesas (**fig. 3**), que reitera la maestría alcanzada por los ceramistas veracruzanos durante la época Clásica (s. VII-X d.C.). Aquí el cuerpo anciano logra máxima expresividad formal y

simbólica por cuanto se remarcan los músculos flácidos de las mejillas y el pecho, y el vientre se abulta debido a la forzada posición sedente, abrumada por el gran brasero. Esta elocuente obra dota de nuevo sentido a la imagen del dios: sin demérito de su divinidad, es más humano y vital que sus pares de otros periodos y lugares.

Ahora bien, en Teotihuacán, al lado de *Huehuetéotl* hay otros ejemplos de ancianos pintados en los muros de Tetitla (**fig. 4**). En trazos que sugieren el busto, se les ve de lado, prógnatas, barbados y con los brazos cruzados bajo el mentón; emiten floridas “vírgulas de la palabra” y parecen emerger de conchas bivalvas. Son ocho y miran hacia otro, éste en posición frontal, situado en la pared del fondo del recinto. Llevan, en los brazos, una especie de lienzo y un objeto amarillo de formas irregulares; por abajo se ve un posible carapacho de tortuga. Podría pensarse que entonan cantos floridos a un anciano principal, el frontal, quien responde en modo escueto. De acuerdo con el lenguaje formal teotihuacano y pese a que reconocemos en ellos los rasgos de la vejez, estos ancianos ilustran sobre una realidad conceptual y no una descripción de la naturaleza.

También del actual estado de Veracruz, pero de pueblo y periodo distintos –los huastecas a fines del Clásico (s. X d.C.)-, se conocen esculturas en fina arenisca que figuran “ancianos sembradores”. Destacan por la falta de apego a las formas naturales del cuerpo humano, el cual se esquematiza. La atención se centra, así, en la actitud general, los rasgos faciales y las ^{posturas} actitudes (**fig. 5**). En las formas elegantes y resumidas de estos viejos activos el espacio juega un papel fundamental, en tanto les atraviesa y sugiere particular energía vital interior que trasciende los límites de lo terrenal. Además no hay lugar para equívoco, se está frente a hombres en la última etapa de su vida, cuando la cara se llena de arrugas y la espalda se joroba, la boca pierde sus dientes y las piernas se doblan por el tiempo. Los ancianos se apoyan pesadamente en un bastón que aferran entre las manos, como si éste soportara la

longeva vida y, al mismo tiempo, fuera el conducto hacia el vientre de la madre Tierra, lugar del origen y del fin de todo lo viviente. De ahí que la originalidad de los viejos huastecos radica –se ha dicho– en expresar el concepto de siembra que augura la continuidad de los cultivos y de la existencia natural. De igual modo se ha visto en ellos la dualidad y la *coincidentia oppositorum*. Los “ancianos sembradores” concilian los extremos de esta existencia por medio del ciclo de renovación universal, unifican la caducidad de los seres vivos y trascienden a la eterna vitalidad.

La idea de trascendencia, pero plasmada en un lenguaje artístico diferente, como diferentes fueron su tiempo y espacio, se aprecia en las afamadas tumbas pintadas de Oaxaca (s. III-IX d.C.). Hubo aquí especial cuidado en mostrar la vejez disfrazada o imbuida de sacralidad y establecer así un puente entre la vida terrena y la sobrenatural. Por ello los mausoleos zapotecas son un sorprendente testimonio biofilico. Los más notorios corresponden a las tumbas 104, 105 y 112 de Monte Albán, y la 5 de Suchilquitongo (**fig. 6**). Líneas, colores, ritmo y composición revelan extraordinaria factura, como se ve en la tumba 105.

Nueve parejas de hombres y mujeres ancianos se reconocen por sus arrugas faciales y boca desdentada. Las mujeres se distinguen gracias al *quechquémitl* que visten y bajo el cual asoman sus manos. Todos presentan el cuerpo de frente y el rostro de perfil; usan ricos atavíos, en las manos portan insignias de poder y los tocados les confieren individualidad.

Aunque son estáticos, su acomodo sugiere movimiento parsimonioso y solemne: se sucede un personaje tras otro y se mueven entre los símbolos del Cielo y de la Tierra, encaminándose por las rutas del inframundo, sea que se alejen de la entrada a la tumba o se acerquen a ella, y guíen así los pasos de los vivos (**fig. 7**). Se trata asimismo de viejos ambivalentes que ocultan su condición (¿sobrenatural o terrenal?) y oscilan entre lo profano y lo sagrado. No obstante, en conjunto, disponen fuerte contenido sobrenatural: la vida se prolonga después de la muerte,

perdura en los iconos pintados y en la conciencia de pertenecer a una familia. Gracias a las representaciones de ancianos, que son tronco y ramas de los linajes de los antiguos nobles zapotecas, se borran las fronteras de la dicotomía vida-muerte. El último grupo de imágenes de viejos a que me referiré también acusa fuerte sentimiento biofílico: en especial se aprecia en las terracotas mayas, como las delicadas figurillas de Jaina. Sin duda alguna pueden considerarse entre las más elocuentes por cuanto retratan sin ambigüedades a hombres y mujeres cuya vida ha sido larga y colmada de experiencias. También descubren dos tipos básicos: por una parte la aguda humanización otorgada a las mujeres y, por otra y contrastante, el endiosamiento dado a los hombres.

Los rasgos faciales revelan una vejez productiva. Así se percibe en alguna mujer que se lleva la mano a la boca, su arrugado rostro acusa sonriente serenidad y el torso desnudo muestra los senos flácidos. (fig. 8)

Los ancianos suelen brotar de flores recién abiertas o de caracolas. Sus facciones traducen la vida más allá de los confines mortales, pues se reconocen como imágenes de dioses del inframundo: uno de los *Pahuatunes* (fig. 9), el llamado dios L, el viejo “fumador” de Palenque (fig. 10) y el que anima su corte -según se mira en un vaso en el Museo de Princeton (fig. 11)- con la presencia multiplicada de su consorte, la joven diosa *I*.

En otras palabras, las mujeres ancianas se acercan a la humanidad más que los hombres; éstos se aproximan al mundo sobreterrenal. Las actitudes femeninas son más bien pasivas, calmadas y sin zozobras. Las masculinas, en contraposición, actúan con energía, hacen y crean.

Consideraciones finales

He querido presentar aquí sólo breve muestrario artístico de una rica tradición cultural que aún espera diversos acercamientos.

Si bien es verdad que gran cantidad de las obras plásticas de Mesoamérica abunda en seres humanos en plena madurez, es por igual cierto que la vejez fue una etapa muy respetada, incluso venerada, de la vida y se capturó en diversas obras. Desde sus confines de terracota, piedra tallada y color, por medio de variados lenguajes estéticos y sus matices –estilísticos, temporales y geográficos- las imágenes de ancianos nos comunican una larga serie de conceptos en torno al final de la vida sobre la Tierra, pero que sigue adelante en los ámbitos supernaturales pues nunca se muere del todo.

Bibliografía

Fuente, Beatriz de la, coord., *México en el mundo de las colecciones de Arte. Mesoamérica*, v. 1 y 2, México, Azabache, 1994.

Fuente, Beatriz de la, y Nelly Gutiérrez, *Escultura huasteca en piedra. Catálogo*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas/UNAM, 1980.

Miller, Arthur G., *The Painted Tombs of Oaxaca, Mexico. Living with the Dead*, New York, Cambridge University Press, 1995.

Lista de ilustraciones

Figura 1. *Huehuetéotl*, Cuicuilco, D.F., Preclásico Superior, cerámica, Museo Nacional de Antropología.

Figura 2. *Huehuetéotl*, Teotihuacán, Edo. de México, Clásico, piedra volcánica, Museo de Sitio de Teotihuacán.

Figura 3. *Huehuetéotl*, Cerro de las Mesas, Veracruz, Cultura del Centro de Veracruz, Clásico, cerámica, Museo Nacional de Antropología.

Figura 4. “Ancianos”, Tetitla, Cuarto 7, Teotihuacán, Clásico, pintura mural, *in situ*.

Figura 5. “Anciano sembrador”, cultura huasteca, Clásico Tardío o Epiclásico, piedra arenisca, Museo Nacional de Antropología.

Figura 6. Tumba 5 de Suchilquitongo, Oaxaca, cultura zapoteca, Clásico, pintura mural, *in situ*. Dibujo de la cámara funeraria en la antecámara.

Figura 7. Tumba 105 de Monte Albán, Oaxaca, cultura zapoteca, Clásico, pintura mural, *in situ*. Dibujo de la pared norte.

Figura 8. Anciana, Jaina, Campeche, cultura maya, Clásico, cerámica, Museo Nacional de Antropología.

Figura 9. Dios anciano que sale de un caracol, ¿Campeche?, cultura maya, Clásico, cerámica.

Figura 10. Lápida de “El fumador”, Templo de la Cruz, Palenque, Chiapas, cultura maya, Clásico, piedra caliza, *in situ*.

Figura 11. Vaso llamado “del Inframundo”, procedencia desconocida, cultura maya, Clásico, cerámica, Museo de Princeton.